

RECENSIONES

STEFAN T. POSSONY

EL PODER AÉREO ESTRATÉGICO; LAS NORMAS PARA LA SEGURIDAD DINÁMICA

EL ARMA AÉREA: LIDERANDO LAS TRES DIMENSIONES

Por JUAN A. TOLEDANO MANCHEÑO

*T. Possony, Stefan, **Strategic Air Power; The Pattern of Dynamic Security** (1.949); Edición Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Volumen 393-394 en español (1.951); traducción del Círculo Militar Argentino. El libro en español está constituido por dieciocho capítulos que conforman un volumen de 656 páginas.*

El doctor Possony es un experto en el entorno de las antiguas repúblicas socialistas soviéticas y en los países satélites de su entorno, en Asuntos Internacionales y en Guerra Psicológica con una elevada reputación y reconocimiento internacional. Stefan T. Possony nació en Viena. Llegó a los Estados Unidos en 1940 e ingresó en el *Institute for Advanced Study* en 1941. Durante la guerra sirvió en el Servicio de Inteligencia Naval y, en 1952 en el National War College. En la actualidad es profesor de Política Internacional en la Graduate School de la Universidad de Georgetown y miembro-asociado del Instituto de Investigaciones sobre Política Exterior de la Universidad de Pensylvania. Entre sus libros se hallan *Strategy of Air Power*, *Century of Conflicts*, *The Strategy of Technology* y *Lenin the Compulsive Revolutionary*.

Desde que un aeroplano surcó los cielos por primera vez, los militares de todo el mundo se afanaron en conocer más y mejor las posibilidades del entonces naciente, o mejor dicho, del por aquellas fechas intuido poder aéreo, y usar cada vez mejor este arma única para derrotar a un enemigo.

Stefan T. Possony trata de establecer, a lo largo de las páginas que conforman este libro, los principios, posibilidades y limitaciones generales del empleo del poder aéreo, principalmente en una de las acciones que más han caracterizado a esta Fuerza, el bombardeo estratégico, si bien el tratamiento que se le da a la acción de bombardeo en esta obra no recoge la concepción actual de la necesidad de prestar una serie de operaciones asociadas al mismo como pueden ser las de escolta, reabastecimiento en vuelo, supresión de defensas enemigas, reconocimiento, etc., de ahí que la visión resulte un tanto superficial para los lectores especializados en estos temas que lleven a cabo su estudio en estas fechas. Puede apreciarse un recorrido crítico profundo y exhaustivo de la incidencia del nuevo poder en el ciclo de toma de decisiones a todos los niveles, desde el político hasta el táctico, centrando el interés en la aportación de elementos de juicio para tratar dos problemas que atañen a la aviación militar, y que ayudan a su conocimiento: la Fuerza Aérea Internacional y la contribución del poder aéreo al mantenimiento de la paz.

Continuamente se ha mantenido la dicotomía entre la mayor importancia de la estrategia o del armamento, en el sentido de que a grandes debates ha llevado el aserto de si la estrategia define el armamento o bien el armamento define la estrategia (en muchas ocasiones se ha cerrado la discusión imponiendo la opinión de que lo enunciado en primer lugar sería válido para los países ricos y lo dicho en segundo para los países pobres). Como puede comprobarse, todo es cuestión de «modas». «Nos hemos movido desde la era del caballo y el velero, a través de la era del buque de guerra y del carro de combate hasta, actualmente, la era del avión. Como sus ilustres antecesores, éste tendrá su protagonismo, entonces deberá ser reemplazado» (del libro «Empleo del Poder Aéreo en el siglo XXI», cuyo autor es el Coronel de la USAF John A. Warden III).

En la época actual a menudo se depositan grandes esperanzas en la incidencia pacificadora del poder aéreo, como consecuencia de la evolución lograda en las estrategias conocidas como de la tercera dimensión; no obstante, se ha de tener en cuenta la opinión que grandes pensadores han vertido sobre esta materia, entre los que cabría destacar al Infante de Orleans, quien escribió en sus estudios sobre la aviación: «El arma aérea

progresar tan rápidamente que cuanto se escribe sobre ella está anticuado antes de que se seque la tinta».

Se recomienda la lectura del presente libro a todos aquellos alumnos de escuelas de formación de Oficiales de los Ejércitos del Aire nacionales, alumnos de los cursos de guerra aérea y a todos aquellos que desarrollen estudios para la consecución de las correspondientes diplomaturas de Estado Mayor. Es recomendable, igualmente, para todos aquellos que algún día deban contar con los elementos de juicio más acertados para tomar las decisiones más correctas acerca del empleo de la aviación de combate (políticos trabajando en el entorno de la administración militar, gestores de industrias armamentísticas, etc.).

Póssonoy basa sus argumentos en la lectura de las obras de grandes estrategias aéreas que aparecieron a la par que fue desarrollándose el avión como arma de guerra, entre los que se puede destacar Seversky, y como él opina que el dominio, como grado o nivel supremo en la escala de la superioridad aérea, indica dos cosas: **1)** la capacidad para atacar a voluntad los medios de que dispone el enemigo para librar la guerra -sus fuentes militares de poder militar- haciendo caso omiso de la oposición, infligiéndole mayores pérdidas aéreas que las que nosotros sufrimos, y **2)** la capacidad de infligir al enemigo pérdidas mayores que las nuestras, si atacara a nuestras instalaciones industriales.

«La superioridad en el aire se ha convertido en factor primario para la efectiva aplicación del poder terrestre y del poder marítimo. Sin embargo, el poder aéreo no ganó la II Guerra Mundial por sí solo. Esta guerra fué planeada para ser ganada por el poder «trifibio» y fué decidida por el poder trifibio».

Una de las principales dificultades del establecimiento de la estrategia aérea se halla en el hecho de que la conquista del dominio del aire es necesariamente una operación muy larga; el concepto «dominio del aire», «supremacía aérea» o «señorío del aire» no es admitido hoy en día, empleándose en lugar de estos términos superioridad aérea, y concibiéndola de tal modo que se alcance o mantenga en un nivel necesario para el desarrollo de nuestras operaciones, ya sean estas exclusivas de la Fuerza Aérea o en apoyo de las fuerzas de superficie. En la realidad de la guerra, la lucha por el señorío del aire y el bombardeo estratégico son, en sumo grado, operaciones que han de pergeñarse simultáneamente. No obstante, a pesar del intervalo tan dilatado que implique la obtención del libre uso del espacio aéreo, se ha de tener en cuenta que cualquier operación

de superficie exigirá un dominio, en el mayor grado posible, en este elemento, habiéndose establecido, tal y como destaca el autor, tras la finalización de la 2ª Guerra Mundial el concepto de operación conjunta, tanto en su concepción aeroterrestre como aeronaval.

En una gran proporción, la batalla por el dominio del aire se está decidiendo durante la paz que precede a una guerra, en un momento en que muy pocos ciudadanos pueden comprender que su país está en peligro.

«La defensa nacional ya no debe ser un lujo tolerado por el contribuyente, debe convertirse en la preocupación primaria de los estadistas. Aún en la Edad Atómica ha de sobrevivir el viejo Adán. E igualmente sobrevivirán sus utensilios, sus costumbres, sus deseos, sus pecados y sus virtudes. La edad de la razón y de la tolerancia no ha amanecido con la llamada de las explosiones atómicas».

A pesar de la validez y actualidad de la información aportada por el autor del documento, existen algunos rasgos que, habiendo sido característicos del empleo del arma aérea en el tiempo en que fue escrito, no son «totalmente» aplicables en los albores del siglo XXI. *El aniquilamiento del enemigo debe ser el objetivo que se persiga en el aire, como así también en la tierra y en el mar.* ¿Sería aceptable este criterio hoy en día en cualquier intervención armada u operación de mantenimiento de la paz auspiciada por la Organización de Naciones Unidas? La respuesta, obviamente, es negativa, a tenor de los últimos acontecimientos para los que el Consejo de Seguridad de este organismo ha dictado una Resolución; existe un elemento patente en cualquier planeamiento que se realice en nuestra época que contradice completamente la aseveración de Possony: el evitar daños colaterales, esto es, evitar sufrimientos y padecimientos innecesarios a la población civil y daños a las infraestructuras cuando no sea una acción plenamente justificable para evitar una escalada en el conflicto; es por ello que el diseño de la composición, despliegue y empleo de fuerzas militares se basa en la paralización estratégica, por medio de la cual se intenta llevar a cabo acciones no letales que disminuyan la capacidad de combate del enemigo, sin tener que llegar a su destrucción. Ya en 1.928 Lord Trenchard proclamaba la revolucionaria naturaleza de la guerra aérea: «Sólo el aeroplano tiene capacidad para evitar el sangriento estancamiento en tierra y para atacar en profundidad el corazón del territorio enemigo contra sus centros vitales».

Hasta la aparición del arma aérea la estrategia era adjetivada únicamente por el medio en que se desenvolvían las fuerzas, estableciendo una rela-

ción biunívoca entre cada poder y su empleo predominante; de este modo, la estrategia terrestre fue bautizada como de ocupación, la naval como de bloqueo o aislamiento y la aérea como de destrucción (acerca de estas denominaciones pueden consultarse los artículos publicados por el Cor. E.A. D. Domingo Galdón Domenech en Cuadernos de Estrategia). La destrucción máxima, en 1.951, estaba representada por el empleo de la bomba atómica, tratando Possony de hacer llegar a todo lector el hecho de que la supremacía aérea es un requisito previo indispensable para el uso de este tipo de bombas. La aparición de esta bomba agregó una función esencial a la misión de las fuerzas armadas: en tanto que hasta su creación su objetivo era el de ganar la guerra, deberían en lo sucesivo poner también la capacidad necesaria para adoptar represalias contra cualquier ataque atómico.

Tras casi medio siglo de experiencia en el desarrollo de este tipo de armamento se sabe que la bomba atómica fue una mejora evolutiva de destructividad, antes que un cambio revolucionario en la forma de llevar a cabo la guerra. Son pocos los países que han conseguido el desarrollo de este armamento, al depender su consecución de al menos tres factores: materias primas, potencial industrial y el momento en que se libere la guerra. Lo enunciado hace pensar que tan importante como el tener armamento de estas características es poseer la capacidad de situarlo en el momento y en el lugar oportuno, lejos de la línea del frente, donde más posibilidad se tenga de doblegar la voluntad del adversario con el mínimo esfuerzo («centros de gravedad» de Clausewitz), de lo que se podría deducir que el mejor sistema de armas estaría formado por el bombardero adecuado y por un arma atómica, razonamiento ya enunciado por el autor de la obra en la década de los 50.

El empleo del armamento atómico hizo temblar los pilares, hasta entonces claramente diferenciados, de la doctrina militar en el sentido de poder separar y distinguir qué tipo de misiones podían considerarse predominantemente tácticas y cuáles estratégicas:

«Existe una relación directa entre táctica, estrategia y planificación, puesto que la guerra es ganada o perdida por el conocimiento e intuición de los Comandantes; el mayor poder aéreo es de poco valor si se utiliza de acuerdo con una estrategia imperfecta. Este poder puede ser utilizado en apoyo del poder terrestre o del poder marítimo o la victoria aérea puede ser el objetivo principal al cual están subordinadas las operaciones terrestres o navales. La elección depende de las circunstancias».

La mayor parte de los tratadistas militares están de acuerdo en cuál es el objetivo final que se busca en cualquier conflicto militar. Este objetivo no es otro que provocar «un cambio en la conducta del gobierno del país enemigo». Para que este cambio se produzca se puede recurrir a dos vías: derribar al gobierno enemigo por medio de una revuelta popular u otra acción interior y sustituirlo por un grupo afín a nosotros, u obligar al gobierno enemigo a cambiar su actitud y objetivos molestos para nosotros.

Para conseguirlo, la mayor parte de los historiadores militares siguen defendiendo la existencia de tres únicas estrategias de guerra fundamentales: desgaste, aniquilación y paralización; en los tres casos el bombardeo convencional, en el cual no se utilizan bombas atómicas, constituye una parte de la estrategia «trifibia» general. Aún cuando el bombardeo vaya a constituir el principal esfuerzo ofensivo, debe ser integrado con otras operaciones militares que sostienen la ofensiva aérea o que, a su vez, son apoyadas por el bombardeo.

La importancia asignada a la aviación estratégica de bombardeo queda patente en la dedicación de cuatro capítulos de la obra comentada al estudio de las formas de empleo de los bombarderos y a la optimización de los recursos; el punto de vista es muy acertado y, para corroborar cada uno de los asertos que expone el autor, incluye gran cantidad de datos y ejemplos, realizando un recorrido por los últimos conflictos (tomando como fecha de referencia la de publicación) y analizándolos desde el punto de vista de la historia-ficción (continuamente se pregunta ¿qué habría ocurrido si...? teniendo el lector que tomar la tesitura de decantarse por la opinión vertida por el autor).

Cuatro son los elementos reconocidos como instrumentos de la gobernabilidad, o aspectos de una estrategia general a nivel gobierno de una nación, aceptados hoy en día: político (diplomático), económico, militar y psicosocial (voluntad de vencer y moral de la población); Aldin y Heidy Toffler exponen en su libro «Las guerras del futuro» un paralelismo, acertado desde el punto de vista de quien escribe estas líneas, entre el desarrollo de la economía y el de las fuerzas armadas nacionales. La moral, un aspecto tan considerado en el planeamiento actual (y tan descuidado en los años que siguieron a la 2ª Guerra Mundial) también es tratado como objeto de ataque y objetivo prioritario de las incursiones aéreas.

«La capacidad de un país para librar la guerra se basa en factores materiales y psicológicoespirituales. Los elementos materiales del poder militar se designan generalmente con los términos potencial de

guerra. Los factores psicológicoespirituales se describen a menudo sumariamente por medio de la expresión algo ambigua de moral...Una nación con una elevada moral es más poderosa de lo que indicaría su potencial de guerra...potencial de guerra por moral es igual a poder militar».

Partiendo de las mismas hipótesis de trabajo, Fuller, en su libro «Los cimientos de la ciencia de la guerra», se propone examinar la naturaleza de la guerra como ciencia, introduciendo el concepto del triple orden: al igual que el hombre se compone de cuerpo, mente y alma, las guerras como actividades del hombre deben estar sujetas a una constitución similar. Por tanto, considera el mismo estrategia, que la paralización (o aniquilación) de un adversario consta de tres dimensiones: física, mental y moral.

La tecnología es un elemento crucial en el desarrollo de nuevas estrategias. El progreso tecnológico tiene la desconcertante costumbre, afortunadamente para la Humanidad, de hacer cada vez más costoso matar en las guerras. Tres han sido los parámetros clave que han hecho evolucionar los conflictos armados: alcance, velocidad y mortalidad. Sin embargo, cuanto más se avanzó en la capacidad de destrucción del armamento mayor fue la conciencia de defensa de las sociedades y de los estados-nación. Hay muchos problemas técnicos de protección industrial y urbana (capítulo desarrollado en el libro con gran profusión de pensamientos y casos prácticos) que esperan solución, inclusive contra impactos directos de bombas muy pesadas o bombas atómicas (refugios, hangares, etc.).

Siendo un defensor a ultranza del bombardeo aéreo, Possony llega a la conclusión de que:

«difícilmente habrá duda alguna acerca de que en un futuro previsible el cohete ha de complementar las operaciones de los bombarderos y lanzará explosivos sobre países enemigos distantes».

Era precursor con su pensamiento del empleo de misiles y «armamento inteligente» del tipo ICBM (Intercontinental Ballistic Missile). Una moderna Fuerza Aérea ya era concebida como un conjunto sinérgico de una gran variedad de aviones. Debe estar integrada por aeronaves, cohetes, misiles y armamento inteligente. Sus instrumentos serán cada vez más numerosos y precisos, pero el bombardero pesado es, y probablemente seguirá siendo, la base del poder aéreo. No le faltaba razón al autor al realizar esta aseveración pero quizá estuvo falto de intuición, dado que los últimos conflictos han permitido apreciar el «relevo» entre el factor masa (aviones más grandes, en mayor número, con mayor capacidad para transportar ingen-

tes volúmenes de bombas) y el factor sorpresa tecnológica (nuevo armamento, más preciso y eficaz para alcanzar los objetivos propuestos).

Hasta este momento de la recensión del libro ni siquiera ha sido tema de debate la preponderancia de la Fuerza Aérea sobre los otros componentes del instrumento militar de la gobernabilidad, el terrestre y el naval; pero, sin ceder al pensamiento «aéreo» presente en todo el documento, se acomete el estudio de la abolición de estos dos últimos.

Es opinión de Stefan T. Possony el que las fuerzas terrestres se necesitan para la protección contra los ataques terrestres, aunque deben contar con una gran cantidad de aviación, incluyendo bombarderos, pero su función principal debe ser la de combatir en tierra con el fin de obtener o mantener el control sobre los territorios. Del mismo modo, expone que el ataque aéreo puede ser considerado como una inversión, pero los beneficios que produce solamente pueden obtenerse por medio de la ocupación (¿pensará lo mismo la comunidad serbia tras apreciar como puede doblegarse una voluntad política sin que su territorio sufriera una sola «pisada» de las fuerzas enfrentadas?). En lo relativo a la Armada, *la historia de los últimos veinte años ha demostrado que las armas nuevas y revolucionarias, si son utilizadas debidamente, aumentan el poder de las armas más antiguas. Del poder naval puede decirse con certeza que la moderna tecnología, lejos de eliminar a las armadas de los mares, hizo que la guerra naval fuera más efectiva que nunca, en el sentido de que hizo posibles victorias navales mucho más concluyentes.*

Es pues obvio que se necesitan las capacidades y formas de actuación que constituyen la idiosincrasia particular de cada ejército para alcanzar la victoria optimizando el binomio coste-eficacia. No obstante, la estrategia genética o de consecución de medios a que se hace mención al estudiar estos temas, está claramente dirigida a aquellas naciones que poseen un nivel económico muy elevado y que les permite ocupar posiciones «de cabeza» en el entorno geopolítico internacional, dado que no muchos países podrán mantener un ejército de tierra o una armada con un componente aéreo tan importante o más que el ejército en el que se encuentra y del que forma parte.

La última parte del libro es dedicada a dos cuestiones que fueron interesantes en el momento de ser tratadas, son importantes en la actualidad y, de momento, no han sido acometidas para su resolución en las organizaciones de defensa más destacables: la organización de una Fuerza Aérea Internacional y el empleo del poder aéreo en las operaciones de paz.

La esperanza de la Humanidad es la de asegurar la paz con un mínimo esfuerzo. A través de la historia esta esperanza ha resultado vana, pero renace en cada generación bajo un distinto disfraz. Se preveía en aquellos días que:

«Puede suponerse con toda seguridad que un futuro gran agresor atacará solamente siempre y cuando sea capaz de adoptar adecuadas precauciones contra todas las armas modernas, incluyendo las bombas atómicas».

Nacía de esta forma la necesidad de alcanzar pactos, firmar tratados y constituir organizaciones de defensa que fueran capaces de lograr lo expresado anteriormente.

La formación de una Fuerza Aérea Internacional es quizá más interesante en nuestros días que en aquellos en que fueron escritas las opiniones de Possony, y esto es debido básicamente a dos razones: en primer lugar todos los países se hallan sometidos a reducciones drásticas del presupuesto asignado a los Departamentos de Defensa correspondientes, consecuencia de los «dividendos de la paz» (un largo periodo de tiempo sin conflictos destacables y desconocimiento sobre la existencia de nuevas amenazas por parte de los ciudadanos occidentales), lo que ocasiona el que deban reestructurarse sus fuerzas armadas, tanto en cantidad como en calidad de sus sistemas de armas; en segundo lugar, es difícil mantener un poder aéreo polivalente («multirol»), capaz de hacer frente a todas las amenazas, por lo que los países se ven obligados a la constitución de coaliciones para acometer la resolución de conflictos nuevos (limitados, narcoterrorismo, medioambientales, etc.).

En lo referente a la actuación del arma aérea en la contribución a la paz, poca era la experiencia que se poseía al escribir aquellas líneas; por supuesto, hoy nadie duda de la gran incidencia que puede tener en un entorno de disuasión, convencional o nuclear, el empleo de la aviación de combate. Desgraciadamente, desde el año 1.981 el entorno político internacional ha tenido sobradas ocasiones para probar lo que se afirma más arriba, sobre todo en lo que respecta al empleo del poder aéreo en operaciones correspondientes a los títulos 5 y 6 de la Carta de las Naciones Unidas (conocidas como operaciones de mantenimiento de la paz).

Podría afirmarse que el trabajo objeto de la presente recensión es un profundo estudio del empleo eminentemente estratégico del arma aérea, basado firmemente en datos provenientes de los conflictos armados desarrollados en épocas próximas a la finalización del libro, con gran fuerza de

convencimiento al aportar datos que basan las opiniones y las hacen casi irrefutables y una clara dirección argumental: el poder aéreo debe ser tenido en cuenta en el desarrollo de cualquier conflicto, constituyéndose el bombardeo en razón principal del mantenimiento de una Fuerza Aérea potente, aún sin desestimar la gran importancia de la coordinación y conjunción de todas las fuerzas armadas de una nación para alcanzar y mantener los objetivos nacionales.